

Siendo Manuel Ramón Silva afiliado al Partido Conservador Nacional, no era de pensar que participara en una rebelión del Partido Liberal, secundada por algunas unidades del Ejército Nacional. Pero su condición de director de la tendencia antirreeccionista tampoco lo entusiasmaba a defender el gobierno. Por eso, tomó el más sabio de los caminos para su caso personal: el de pacificador.

En esa tarea no estaba solo, y era ayudado por los buenos conservadores que pensaban igual que él. Se puede decir que en Camagüey, por la Rebelión de Febrero de 1917, cada liberal que fue procesado por su participación tuvo un conservador que lo garantizara en la prestación de fianzas y demás. Se dio el caso del teniente coronel Salvador Fernández Barreto (conocido cariñosamente por «Balolo»), presidente del Consejo Territorial de veteranos de la independencia, que, poniendo de garantía sus propiedades, prestó fianzas por más de un millón de pesos. Con motivo de esto, el Juez Especial de la causa 88 de 1917 (la instruida por esa rebelión) le llamó la atención, y su respuesta fue: «Si los liberales vuelven a alzarse iré a la cárcel por ellos, además, con mis bienes Hago libremente lo que quiero.»

Y junto con «Balolo» hubo muchos otros conservadores que fueron garantes de varios liberales al mismo tiempo.

Los jefes de las Milicias Nacionales, organizadas por el Gobierno para dominar la rebelión, en Camagüey: coronel Braulio Peña (teniente coronel retirado de la Guardia Rural), teniente coronel Luis Suárez y comandante Alberto Cabalé Pcláez, fueron garantía para todos, ya que eran hombres bien inspirados y de nobles principios. Los verdugos fueron otros, de capitanes para abajo, y a espalda de esos dignos jefes. Eso siempre lo reconocieron, y recordaron con agrado, los buenos liberales, agradecidos, conscientes y sensatos.

Al recordar aquellos nobles hechos, nunca olvidamos la buena conducta del presidente y administrador general de la Compañía Azucarera de Manatí, Eduardo Diez de Ulzurum Alonso, marqués de San Miguel de Aguayo. Éste puso todos los motores de líneas, trenes y material rodante en general, a disposición de la paz, llevando banderas blancas. Por su noble intervención, embarcan, por el puerto de Manatí, para el extranjero numerosos jefes del alzado Ejército Constitucional. Hubo quien por no aceptar esa protección, basado en otros motivos, perdió la vida a manos de otros cubanos, criminales de guerra de aquel tiempo.

Mientras tanto, en Camagüey, Manuel Ramón Silva hizo diversas gestiones por liberales,

que las necesitaban. Una de ellas (referida por el propio interesado, que murió agradecido del servicio) fue gestionar la reposición, hasta lograrla en febrero de 1918, del director de la Escuela Pública No. 12 «José Martí», Juan Oms Guevara, separado por su militancia liberal. Esa escuela estaba situada en la Avenida de la Libertad, a una cuadra de la residencia de nuestro biografiado.

Otro que cooperó mucho fue el magistrado de la Audiencia de Camagüey, y después del Tribunal Supremo de Justicia, coronel Severo Pina Marín, Secretario del Interior de la República en Armas. Por su mediación se fueron al extranjero varios jefes liberales sublevados. El caso más célebre en que participó fue el de Eliseo Figueroa Mirabal, coronel del Ejército Libertador y teniente coronel del Ejército Nacional (teniendo por esto el grado de general del Ejército Constitucional).

Por las gestiones del caso, al norte de la ciudad de Camagüey se entrevistaron Severo Pina y Eliseo Figueroa. Para ello, el primero salió de la ciudad a caballo, acompañado de Manuel Ramón Silva y Walfredo Rodríguez. La entrevista se realizó en la finca «Santa Teresa», donde se llegó al convenio conocido por el «Pacto de Banao», cuyas condiciones nunca se conocieron, pero sí la usada para que Eliseo Figueroa abandonara el territorio nacional, al que regresó el año siguiente. Esas fuerzas sublevadas, ya fuera de su mando, tomaron el camino de la ciudad, llevando al frente a Severo Pina, Manuel Ramón Silva y Walfredo Rodríguez. La suscripción del Pacto de Banao y la retirada de Figueroa hacia la costa se efectuó el 22 de mayo de 1917, y la llegada de sus fuerzas, entregadas bajo garantías, el 25. Es de suponer que ese fue la última gestión de Manuel Ramón Silva en la vida pública.

Después de aquello, el Partido Liberal gobernó de 1925 a 1933, esmerándose en hacer lo que combatió a los conservadores, igual que ya había hecho de 1909 a 1913. Los liberales hicieron dos revueltas contra la reelección presidencial: en agosto de 1906 contra los moderados y en febrero de 1917 contra los conservadores, para tan pronto como tomaron el poder efectuar lo que combatieron al anterior gobierno.

Al decir de testigos dignos de crédito, en la madrugada del 12 de febrero de 1917, el comandante Rogerio Zayas Bazán Ramírez (después Gobernador Provincial de Camagüey, Secretario de Gobernación de 1925 a 1928 y senador), acompañado de varios hombres armados, llegó a la casa de Manuel Ramón Silva, notificándole el inicio de la revuelta, a lo que éste respondió: «Será muy sangrienta.»

En esa contienda civil entre cubanos, como en todas las demás habidas antes y después, ambos bandos: el gobierno conservador y la rebelión liberal, mendigaron y se disputaron los favores y la protección de Washington. Mientras el Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos en Cuba, William E. González, publicaba notas a favor del Gobierno, usando la Doctrina de Tovar (que había sido lanzada por ese canciller del Ecuador* y estipulaba el no reconocimiento de gobiernos productos de revoluciones o golpes de estado), los liberales establecían una Delegación en Nueva York, tendiente al mismo objetivo desde el campo contrario.

Los liberales sublevados fracasaron en el intento de una intervención norteamericana. El Gobierno conservador triunfó en su protección, según dijeron algunos contemporáneos a aquello, engañando a los norteamericanos, al decirles que el golpe era apoyado por los alemanes, que entonces libraban la Primera Guerra Mundial. No podía ser cierto que la rebelión liberal fuera germanófila.

Un grupo de norteamericanos residentes en Cuba, damnificados con la rebelión liberal, se reunieron y acusaron al mencionado Ministro González de ser socio de Menocal en negocios, la harina entre otros. El resultado fue su relevo a Lima, Perú.

Mientras ocurría esos sucesos, producto y resultado de la suciedad de la política cubana, Manuel Ramón Silva estaba de pacificador entre los dos bandos.

Como resultado de todas esas intrigas cubanas, las fuerzas norteamericanas desembarcaron por tercera vez, ahora sin ocupación militar ni intervención política directa. Con el pretexto de su defensa nacional, y con el beneplácito del gobierno conservador, se distribuyeron por todo el país las unidades de la Infantería de Marina.

Esa Infantería de Marina desembarcada fue disminuyendo, hasta que en 1922 Alfredo Zayas, entonces presidente, protestó ante Washington, que las hizo salir hacia Guantánamo. En Camagüey, en los últimos tiempos, sólo quedó un teniente coronel con varias compañías y un teniente médico.

Entre las tropelías que cometieron esos infantes de marina en Camagüey, está el asesinato de un campesino, cometido en la finca donde vivía, al norte de Camagüey. Por ese abominable acto en el Juzgado de Instrucción se radicó la causa correspondiente de 1922, siendo procesado su autor. Pero



Establecimiento comercial «La Estrella», bajos de la casa natal de Ignacio Agramóme. Fotografía tomada en la misma época que frecuentaba el lugar Manuel Ramón Silva.

dicho infante se le entregó a su jefe, y a los pocos días, al ser retiradas esas fuerzas a Guantánamo, se lo llevaron, quedando el crimen impune.

Mientras, a pesar de verse todo eso, no faltaron los cubanos desvergonzados, entre ellos veteranos de la independencia, que pedían la intervención norteamericana. Y así siguieron pensando, hasta que en 1934 se logró abolir la Enmienda Platt.

Pero los pérfidos del Norte, siempre con el pretexto de su defensa, se reservaron el derecho de desembarcar fuerzas de tierra, mar y aire en Cuba, lo que nunca les prohibió ningún gobierno cubano de aquellos, pues le era conveniente.

Así, llegó la Segunda Guerra Mundial, y ya desde antes de empezar, había núcleos militares norteamericanos en Cuba, los que aumentaron de 1942 a 1945. Otra vez la soldadesca y marinería norteamericanas volvieron a cometer en el suelo cubano múltiples insolencias, entre ellas la profanación a la estatua de Martí en La Habana.

Una prueba reiterada de esa actuación de los militarotes norteamericanos la presencié en Camagüey quien ahora escribe. En el «Gran Hotel», en la calle Maceo, hasta los coroneles se sentaban con los pies subidos en las mesas, cosa que nunca nadie había hecho allí.

Esos ejemplares, faltos de educación y decencia, no están capacitados para arreglar a

ningún país del mundo, y a ellos son los que hay que arreglar. Entre ese elemento, ni los jefes tienen educación.

Muy diferentes fueron los militares españoles. Para ellos, siempre tuvieron los mejores elogios supervivientes de los tiempos coloniales, entre ellos muchos que pelearon por nuestra independencia.

Para hacer historia, dígame la verdad. No importa a quien duela u ofenda. La verdad ante todo, como la justicia y la razón.

P E N S A D O R

Oportunamente se reparó en que Manuel Ramón Silva, por no ser publicista, no dejó sus ideas escritas, y que, por no haberse tomado taquigráficamente, tampoco ha quedado ninguno de sus discursos. No ha sido la única personalidad que ha quedado con esas omisiones, pues así hay muchas más en todo el mundo y en todos los idiomas. De algunos sujetos nada ventajosos se han escrito, por sus adulones, sus idearios, consistentes en cientos de necesidades. Pero no envidiemos esas ventajas.

De otras figuras, a través de su epistolario, se han recogido algunas ideas. En este caso no, parece que el biografiado no era dado a la correspondencia. Es de advertir, que cuando él empezó a actuar lo usual era escribir a mano, pues las máquinas de escribir empezaron a fines del siglo pasado. Por tanto, vivió durante esa tradición, que fue también la de los coches y demás tracción animal por los automóviles y otros vehículos motorizados.

No obstante, por lo dicho de parte de aquellos que fueron sus alumnos, y por los que le oyeron en tribunas y otros lugares, se ha podido recoger bastante, para poder decir algo aquí.

Manuel Ramón Silva era un gran pensador. Dentro de cada una de las facetas ya analizadas se puede ver parte de su gran pensamiento, en cada ángulo o aspecto. Cualquiera que sepa pensar y analizar, al conocer sus juicios de criterio libre, puede llegar a la firme conclusión de que todo lo juzgaba y calificaba. En ciertas ocasiones, podemos afirmar que cultivó la filosofía metafísica.

Creía que los progresos de Cuba también hubieran llegado en caso de que se siguiera bajo el dominio español, porque el progreso es un carro que tritura a todo lo que se oponga a su camino. De la misma manera argumentaba que en esos mismos días gobernaban en España los mismos que lo habían hecho cuando Cuba era una colonia, y sin embargo, ese país estaba progresando.

Eso demuestra que no era un patrioterista localista, sino un universalista progresivo, y que la lógica que explicaba en su cátedra, también la aplicaba en la práctica.

Por eso, atribuía el avance de Cuba al progreso que no se detiene, y no al cambio de forma de gobierno, como decían los necios de la patriotería.

El poseyó, en grado superlativo, las buenas condiciones de la latinidad: enciclopedismo y principio de humanidad muy desarrollado, prefieren lo universal a lo exclusivista o especializado, y pueden ser fraternales con todos. En eso fue un practicante positivo. Llegó